

agua dulce. —Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo:—horas de solaz y deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en la punta de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta piés por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo;—leve soplo de Oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentiscos, única verdura de aquellas costas, ya africanas;—en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora;—hermosa tarde;—noche esplendente;—la mar duerme también.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á veinte y cinco leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de San Luis

para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Túnez, junto al cabo de Cártago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud por qué ciertos pueblos me inspiraban una antipatía, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraían involuntariamente y me embelesaban con su historia.—Sucediame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con el irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso.—Yo amo ó aborrezco en la acepcion física de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para siempre.—La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven.—Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva;—lo mismo le sucede á mi alma;—lo mismo á mi entendimiento;—cualidad propia de aquellos seres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instantaneo, inflexible. Uno se pregunta á si mismo:—¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre.—Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga

el trabajo de buscarla.—Todo lo ilumina del primer arranque.—La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El génio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello, viene de la naturaleza y de Dios.—El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer dia.—Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad, y exclamaron desde la primera hora: *Todo don perfecto viene de Dios.*

Volvamos à los pueblos.—Nunca he podido amar à los romanos; nunca he podido tomarme el menor interes de corazon por Cartago, á pesar de sus desgracias y de su gloria.—Aníbal no me ha parecido nunca mas que un general de la compañía de las Indias, haciendo una campaña industrial, una brillante y heróica operacion de comercio en las llanuras de Trasimeno.—¡Aquel pueblo, ingrato como todos los pueblos egoistas, le recompensó con el destierro y la muerte!—En cuanto á su muerte, fué bella, fué patética, me reconcilia con sus triunfos; toda mi vida me ha conmovido.—Siempre ha habido para mí, como para la humanidad entera, una sublime y heróica armonía entre la soberana gloria, el soberano genio, y el soberano

no infortunio.—Esa es una de las notas del destino que nunca deja de producir su efecto, su triste y voluptuosa modulacion en el corazon humano! En efecto, no hay gloria simpática, ni virtud completa, sin la ingratitud, la persecucion y la muerte.—De ello fué Cristo un divino ejemplo, y su vida como su doctrina esplican ese misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el destino del hombre divino!

Con el tiempo lo he deseubierto; el secreto de mis simpatías ó de mis antipatías hácia la memoria de ciertos pueblos está en la naturaleza misma de las instituciones y de las acciones de esos pueblos.—Los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon, Cartago, sociedades de comercio que benefisiaban la tierra en su provecho y no median la grandeza de sus empresas mas que por la utilidad material y actual del resultado, son para mí lo que eran para el Dante; los miro y paso.

*Non ragionar di lor, ma guarda e passa!*

No hablemos de ellos.—Fueron ricos y prósperos, y nada mas.—No trabajaron mas que para el tiempo; el porvenir no debe ocuparse en ellos.—*Receperunt mercedem.*

Pero los que, poco cuidadosos del presente que sentian que se les escapaba de entre las manos, llevaron, en virtud de un sublime instinto de in-

mortalidad, de una sed insaciable de porvenir, el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano á mas altura que al bienestar, la riqueza y la utilidad material;—los que han consumido generaciones y siglos en dejar en su camino una hermosa y eterna huella de su tránsito; esas naciones desinteresadas y generosas que han agitado todas las grandes y fecundas ideas del entendimiento humano, para construir con ellas sabidurías, legislaciones, teogonías, artes, sistemas;—las que han revuelto inmensas moles de mármol ó de granito para construir con ellos obeliscos y pirámides, sublime desafio propuesto por ellas al tiempo, muda voz con que hablarán perpetuamente á las almas grandes y generosas;—esas naciones poetas, como los egipcios, los judios, los griegos, los indios, que han idealizado la política, y hecho predominar en su vida de pueblos el principio divino, el alma, sobre el principio humano,—lo útil; á esas las amo, las venero, busco y adoro sus huellas sus recuerdos, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas; vivo de su vida, asisto cual conmovido y parcial espectador al patético y heróico drama de su destino, y cruzo gustoso los mares por ir á meditar algunos dias sobre su polvo é ir á decir á su memoria el *memento* del porvenir; esas han merecido bien de los hombres, porque han elevado su pensamiento encima de este globo de fango, mas hallà de este dia fugitivo.—Esas naciones se han

sentido formadas para un mas alto y grandioso destino, y no pudiendo darse á sí mismas la vida inmortal á que aspira todo corazon noble y grande han dicho à sus obras: inmortalizadnos, hablad de, nosotras á las que atraviesen el desierto ó pasen sobre las olas del mar Jónico, por delante del cabo Sigeo ó del promontorio de Sunio, donde Platon cantaba una sabiduría que serà la sabiduría del porvenir.

En tales pensamientos iba yo engolfado, escuchando el rumor con que la proa, en que iba sentado, hendia las olas del mar de Africa, y mirando à cada minuto bajo la rosada bruma del horizonte se divisaria el cabo de Cartago.

Cayó la brisa, el mar se serenó, y el dia se nos pasó mirando en vano desde léjos la vaporosa costa de Africa; por la tarde se alzó una recia ventisca; el buque, bamboleado de uno á otro bordo, aplanaado bajo las velas semejantes á las alas de una ave marina quebrantadas por el plomo, nos sacudia en sus entrañas con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Paso la noche sobre cubierta, pasado el brazo al rededor de un cable; y de los blancos nubarrones que se apiñan, como una alta montaña, en el profundo golfo de Túnez, brotan relámpagos y arrancan los lejanos estampidos del trueno. El Africa me aparece como siempre me la he representado, desgarradas sus entrañas por

los fuegos del cielo, y sus calcinadas cumbres escondidas entre las nubes. A medida que nos acercamos y que el cabo de San Vicente y luego el de Cartago, se destacan de la oscuridad, y parece que nos salen al encuentro, todas las grandes imágenes, todos los nombres fabulosos ó heróicos que han resonado sobre aquella orilla, salen tambien de mi memoria, y me recuerdan los dramas poéticos ó históricos de que aquellos sitios han sido el teatro sucesivamente. Virgilio, como todos los poetas que quieren mejorar la verdad, la historia y la naturaleza, mas bien ha estropeado que embellecido la imagen de Dido.—La Dido histórica, viuda de Siqueo, y fiel á los manes de su primer esposo, hace encender su hoguera en el cabo de Cartago, y sube á él, sublime y voluntaria víctima de un amor puro y de una fidelidad, aún á la muerte! Algo mas bello, algo mas santo, algo mas patético es esto que los frios galanteos que le presta el poeta romano, con el ridículo y pio Eneas, y su amorosa desesperacion con la que no puede simpatizar el lector.

Pero la *Ana Soror* y la magnífica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen harán siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago es mas poética que su poesía. La muerte celestial y las exequias de San Luis;—el ciego Belisario;—Mario espian-

do entre las fieras; eobre las ruinas de Cartago fiera tambien como ellas, los crímenes de Roma;—el lamentable dia en que, semejante al escorpion rodeado de fuego que se traspasa á sí mismo con su aguijon emponzoñado, Cartago, cercada por Escipion y Masinisa, prende fuego ella misma á sus riquezas;—la muger de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, echando en cara á su marido el no haber sabido morir, y encendiendo con sus manos la tea que va á consumirla á ella y á sus hijos y á todo lo que queda de su patria, para no dejar mas que cenizas á los romanos!—Catón de Utica, los dos Escipiones, Anibal, todos estos grandes nombres se alzan todavía sobre el cabo abandonado, como columnas en pié delante de un templo derruido.—El ojo no ve nada mas que un promontorio pelado, alzándose sobre un mar desierto, algunas cisternas vacías ó atestadas con sus propios escombros, algunos acueductos arruinados; algunos muelles devorados por las olas y cubiertos por la marejada; una ciudad bárbara al lado, donde estos mismos nombres son desconocidos como aquellos dombres que viven demasiado y llegan á ser extranjeros en su propio pais; pero lo pasado basta donde brilla con tanto esplendor de recuerdos.—¿Y aun qué sé yo si no me gusta mas solo, aislado en medio de sus ruinas, que profanado y turbado por el bullicio y la muchedumbre de las generaciones nuevas? Sucede con las ruinas lo mismo que con las se-

pulturas;—en medio del estrépito de una gran ciudad y del fango de nuestras calles, afligen y entristecen la vista, son como una mancha en medio de toda esa vida bulliciosa y agitada;—pero en la soledad en las orillas del mar, en un cabo abandonado, en un agreste arenal, tres piedras amarilladas por los siglos y quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, discurrir ó llorar.

La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se enlazan necesariamente en el pensamiento humano: su concierto es una misteriosa armonía: yo prefiero el pelado promontorio de Cartago, el melancólico cabo de Sunio, la estéril é infestada playa de Pesto, para colocar en ellos las escenas de los tiempos pasados, á los templos, los arcos, los coliseos de Roma muerta, hollados en Roma viva, con la indiferencia de la costumbre ó la profanacion del olvido.

20 de Julio 1832.

A las diez, el viento se calma, podemos subir á cubierta, y largando siete nudos por hora, pronto nos ballamos á la altura de la isla solitaria de Pantelaria, la antigua isla de Calipso, deliciosa todavía por su vegetacion africana y la frescura de sus valles y de sus aguas. A ella desterraron sucesivamente los emperadores á los reos políticos.

La isla no nos parece mas que como un cono negro saliendo del mar, y vestido hasta los dos tercios de su vértice de una bruma blanca arrojada por el viento de la noche. Ningun buque puede abordar á ella; no tiene puertos mas que para las barquillas que llevan á sus arenas á los desterrados de Nápoles y de Sicilia, que se consumen diez años espiondo algunos precoces sueños de libertad.

¡Desgraciados aquellos que, en cualquier género, se anticipan á su siglo! Su siglo los aplana.—Tal es nuestra suerte, la suerte de los hombres imparciales, políticos, racionales de Francia.—La Francia está todavía á siglo y medio de nuestras ideas.—Ella quiere en todo hombres é ideas de secta y de partido; ¿qué le importan el patriotismo y la razon? ¡Odios, rencores, persecucion alternativa, es lo que necesita su ignorancia! Y odios y rencores y persecuciones tendrá hasta que herida con las armas mortales de que quiere absolutamente servirse, ó caiga ó las arroje lejos de sí para volverse hácia su única esperanza de toda mejora política, Dios, su ley, y la razon, su ley innata.

21 de Julio 1832.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer;—la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera,—ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva.—Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1832. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula; pero el aspecto es triste y estéril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan

á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta.—El cónsul de Francia, M. Miege, noticia nuestra llegada al gobernador Sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. Es un domingo.—El sol ardiente del dia se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detras de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. El cielo, en el zenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa.—A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente, se va descolorando; en el Oriente es de un azul gris pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles,—ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya.—La tinta del cielo africano participa de la abrasante